

CAPÍTULO I

Tres hombres necesitan un cambio. Anécdota en la que se muestra el mal resultado del engaño. La cobardía espiritual de George. Harris tiene ideas. Cuento del viejo marinero y el regatista sin experiencia. Una tripulación cordial. Peligro de hacerse a la mar cuando sopla viento de tierra. Imposibilidad de hacerse a la mar cuando sopla viento de mar. Las objeciones de Ethelbertha. La humedad del río. Harris sugiere una excursión en bicicleta. George piensa en el viento. Harris sugiere la Selva Negra. George piensa en las colinas. Plan adoptado por Harris para subir las colinas. Interrupción a cargo de la señora Harris.

—Lo que necesitamos es un cambio —dijo Harris.

En ese momento se abrió la puerta y la señora Harris asomó la cabeza para decir que la enviaba Ethelbertha para recordarme que no debíamos llegar tarde a casa, por Clarence. Me inclino a pensar que se preocupa innecesariamente por los niños. En realidad, al pequeño no le pasaba nada. Por la mañana había salido con su tía, que, si lo ve contemplar melancólico el escaparate de una repostería, entra con él y le compra bollitos de crema y bizcochos rellenos hasta que él insiste en que ya ha comido suficiente y, de un modo educado, pero

con firmeza, rehúsa comer nada más. Después, claro, solo quiere una porción de pudín para almorzar, y entonces Ethelbertha piensa que se ha puesto enfermo por algo.

La señora Harris agregó que, por nuestro propio bien, subiéramos enseguida, porque en caso contrario nos perderíamos la narración de Muriel de *La fiesta del té del Sombrero Loco*, de *Alicia en el país de las maravillas*. Muriel es la segunda hija de Harris, tiene ocho años y es una niña radiante e inteligente, pero la prefiero cuando declama obras más serias.

Le dijimos que acabaríamos nuestros cigarrillos y la seguiríamos de inmediato, y también le pedimos que no dejara empezar a Muriel hasta que llegáramos. Nos prometió que haría esperar a la niña tanto como le fuera posible y se fue. Harris, en cuanto se cerró la puerta, retomó la frase interrumpida.

—Ya sabéis qué quiero decir: un cambio completo.

La cuestión era cómo conseguirlo.

George sugirió un *negocio*. Era el tipo de sugerencia que solo él podía hacer. Un soltero piensa que una mujer casada no sabe ni cómo apartarse del camino de una apisonadora. Una vez conocí a un joven ingeniero a quien se le ocurrió ir a Viena *de negocios*. Su mujer quiso saber de qué *negocios* se trataba. Él le dijo que tenía que visitar las minas de los alrededores de la capital austriaca y redactar informes al respecto. Ella le contestó que lo acompañaría; era esa clase de mujeres. Intentó disuadirla: le dijo que una mina no era un lugar adecuado para una mujer bonita. Pero ella le dijo que lo comprendía perfectamente y añadió que, de hecho, no se proponía bajar con él a las galerías, sino que se

despediría de él cada mañana y se entretendría hasta su regreso echándoles un vistazo a los escaparates de las tiendas vienesas y comprando algunas cosas que le hacían falta. Una vez planteada la idea ya no supo cómo desdecirse, y durante diez interminables días estivales visitó las minas vienesas y por las noches escribió informes que su mujer enviaba por correo a su empresa, donde no los necesitaban en absoluto. Me apenaría mucho que tanto Ethelbertha como la señora Harris pertenecieran a esa clase de esposas, pero de todos modos es mejor no abusar de los *negocios*, deben reservarse para casos de verdadera emergencia.

—No —dije—, debemos ser sinceros y varoniles. Le diré a Ethelbertha que he llegado a la conclusión de que un hombre nunca valora la felicidad de la que disfruta. Le diré que para aprender a apreciar mis propias ventajas como deben ser apreciadas, me he propuesto separarme de ella y de los niños durante al menos tres semanas. Le diré —continué, dirigiéndome a Harris— que has sido tú quien me ha mostrado cuál es mi deber al respecto, y que es a ti a quien debemos...

Harris posó su vaso precipitadamente.

—Si no te importa, viejo amigo —me interrumpió—, preferiría que no lo hicieras. Se lo dirá a mi esposa y... bueno, no me gustaría que se me reconozcan méritos que no merezco.

—Pero sí que los mereces —insistí—, la sugerencia es tuya.

—Fuiste tú quien me dio la idea —me interrumpió Harris de nuevo—. Ya sabes, me dijiste que para un hombre es una equivocación caer en la rutina, y que la vida doméstica ininterrumpida hastía el cerebro.

—¡Hablaba en general! —le expliqué.

—A mí me pareció muy acertado —dijo Harris—, y pensé repetírselo a Clara. Tiene una gran opinión de tu buen sentido común, lo sé. Estoy seguro de que si...

—No nos arriesguemos —interrumpí a mi vez—. Es un asunto delicado y se me ocurre una salida. Diremos que ha sido George quien sugirió la idea.

Hay una falta de amabilidad en George a la que a veces me molesta mucho enfrentarme. Cualquiera hubiese pensado que debía sentirse agradecido por tener la oportunidad de ayudar a dos viejos amigos frente a un dilema, en cambio se puso desagradable.

—Hacedlo —dijo George—, y les contaré a ambas que mi verdadero plan consistía en organizar una excursión para todos, incluidos los niños, a la que traería a mi tía y para la que alquilaría un antiguo *château* que conozco en Normandía, en la costa, donde el clima es típicamente conveniente para los niños delicados y la leche no es como la que se consigue en Inglaterra. Y añadiré que rechazasteis mi sugerencia, argumentando que solos nos lo pasaríamos mejor.

Con un hombre como George la amabilidad no sirve de nada, tienes que ponerte firme.

—Hazlo —le dijo Harris— y por mi parte aceptaré tu oferta. Alquilaremos el *château*. Traerás a tu tía, yo me encargaré de eso, y pasaremos un mes allí. Los niños te adoran, J. y yo desapareceremos. Prometiste enseñar a pescar a Edgar, y serás tú quien juegue con ellos a animales salvajes. Desde el domingo pasado, Dick y Muriel no han dejado de hablar de tu hipopótamo. Haremos picnics en el bosque, solo para unas once personas, y por las noches habrá música y recitados. Muriel

conoce a la perfección seis piezas literarias, como quizá ya sepas, y los demás niños son muy estudiosos.

George claudicó, no tiene nada de valiente, pero no se rindió con elegancia. Dijo que si éramos tan mezquinos y cobardes y teníamos un corazón tan ruín como para cometer semejante maldad asumía que no participaría en ello, y que si yo no tenía la intención de acabarme la botella de clarete él se tomaría la molestia de servirse otro vaso. También añadió, sin lógica alguna, que al fin y al cabo todo aquello no importaba demasiado, porque tanto Ethelbertha como la señora Harris eran mujeres con un gran sentido común que ni por un instante pensarían que aquella sugerencia pudiera surgir de él.

Solucionado este punto, la cuestión era: ¿qué clase de cambio?